

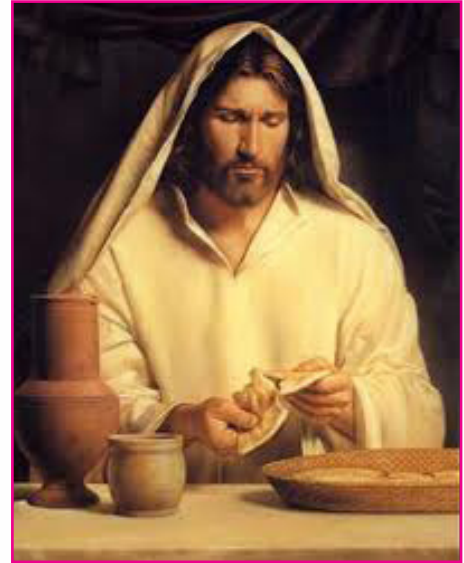
HACED ESTO EN MEMORIA MÍA

Guión de Manuel Longa Pérez

I. Marco teológico

El lenguaje litúrgico, expresión de una tradición cristiana cualificada, habla de la eucaristía como del **mysterium fidei** por excelencia. Según una convicción fácil de encontrar también fuera del mundo de los simples fieles, la razón por la cual la eucaristía merece este apelativo se deriva del hecho de que, en su realidad profunda, trasciende desde todos los puntos de vista la capacidad de comprensión humana y la posibilidad de una simple explicación racional. En realidad, la razón más verdadera es otra: la eucaristía merece ser considerada como el **mysterium fidei**, porque expresa en términos particularmente llamativos y realiza en una medida suprema la economía salvífica con que el Dios cristiano se manifiesta y obra en la historia.

La eucaristía, en efecto, puede definirse como memoria fidei, como la anámnesis evangélica en que se encierran y se comunican a la Iglesia todos los misterios de la revelación divina. No en sentido noético, porque la eucaristía no es una fórmula de fe, sino en sentido «real y misterioso», en cuanto que la eucaristía contiene la última y definitiva «maravilla de Dios»: Jesucristo. Así la eucaristía aparece en relación estrechísima con todos los demás misterios de la fe: Trinidad, encarnación, Iglesia, gracia, creación, escatología, etc. Podemos denominarla realmente misterio «relacional» por lo que representa para toda la revelación y por el lugar privilegiado que ocupa en la historia de la salvación. (E. RUFFINI / N. AMBROSIANO)



II. Textos para meditar

-Una tradición ininterrumpida 1 Cor 11, 23-29

Por lo que a mí toca, del Señor recibí la tradición que os he transmitido, a saber, que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo entregado por vosotros; haced esto en memoria mía». Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; cuantas veces bebáis de él, hacedlo en memoria mía». Así pues, siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga. Por eso, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el cuerpo del Señor. Examínese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber el cáliz, porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propio castigo.

-Vivir de la eucaristía

El anuncio del Evangelio del Reino para la conversión tiene, también en el siglo XXI, enorme fuerza de vida y de esperanza para toda la historia humana. La salvación redentora de Cristo se actualiza sacramentalmente en el “memorial” de la Eucaristía. Confesamos la fe en la Eucaristía, convencidos de que la comunión con Cristo, vivida ahora como peregrinos en la existencia terrena, anticipa el encuentro supremo del día en que seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es (1 Jn 3, 2). La Eucaristía es por naturaleza portadora de la gracia en la historia humana. «Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión». La iniciación al cristianismo es una convocatoria a llevar a la vida el misterio que anunciamos, a una vida de santidad hasta el límite, hasta el martirio a causa de la fe.



Eucaristía y fieles laicos: Puesto que el Sacrificio eucarístico alimenta y acrecienta en nosotros lo que ya se nos ha dado en el Bautismo, por el cual todos estamos llamados a la santidad, esto debería aflorar y manifestarse también en las situaciones o estados de vida en que se encuentra cada cristiano. Éste, viviendo la propia vida como vocación, se convierte día tras día en culto agradable a Dios. Ya desde la reunión litúrgica, el Sacramento de la Eucaristía nos compromete en la realidad cotidiana para que todo se haga para gloria de Dios.

Puesto que el mundo es « el campo » (Mt 13,38) en el que Dios pone a sus hijos como buena semilla, los laicos cristianos, en virtud del Bautismo y de la Confirmación, y fortalecidos por la Eucaristía, están llamados a vivir la novedad radical traída por Cristo precisamente en las condiciones comunes de la vida. Han de cultivar el deseo de que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida cotidiana, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad. Animo de modo particular a las familias para que este Sacramento sea fuente de fuerza e inspiración. El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida y la tarea educativa se revelan como ámbitos privilegiados en los que la Eucaristía puede mostrar su capacidad de transformar la existencia y llenarla de sentido. Los Pastores siempre han de apoyar, educar y animar a los fieles laicos a vivir plenamente su propia vocación a la santidad en el mundo, al que Dios ha amado tanto que le ha entregado a su Hijo para que se salve por Él (cf. Jn 3,16).

Benedicto XVI, S. Car. n.79

III. ¡Confesemos y adoremos a Cristo presente en la Eucaristía, siguiendo a Juan Pablo II !

« Ave, verum corpus natum de Maria Virgine! ». Hace pocos años he celebrado el cincuentenario de mi sacerdocio. Hoy experimento la gracia de ofrecer a la Iglesia esta Encíclica sobre la Eucaristía, en el Jueves Santo de mi vigésimo quinto año de ministerio petrino. ...Cada día mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cf. Lc 24, 13-35).



Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía. « Ave, verum corpus natum de Maria Virgine, / vere passum, immolatum, in cruce pro homine! ». Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos —« visus, tactus, gustus in te fallitur », se dice en el himno Ado-

ro te devote—, pero nos basta sólo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y que los Apóstoles nos han transmitido. Dejadme que, como Pedro al final del discurso eucarístico en el Evangelio de Juan, yo le repita a Cristo, en nombre de toda la Iglesia y en nombre de todos vosotros: « Señor, ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna » (Jn 6, 68).

En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites.

Hagamos nuestros los sentimientos de santo Tomás de Aquino, teólogo eximio y, al mismo tiempo, cantor apasionado de Cristo eucarístico, y dejemos que nuestro ánimo se abra también en esperanza a la contemplación de la meta, a la cual aspira el corazón, sediento como está de alegría y de paz:

« Bone pastor, panis vere, Iesu, nostri miserere... ».

“Buen pastor, pan verdadero, o Jesús, piedad de nosotros: nútrenos y defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos.

Tú que todo lo sabes y puedes, que nos alimentas en la tierra, conduce a tus hermanos a la mesa del cielo a la alegría de tus santos”.

(ECCLESIA DE EUCHARISTIA, 59-62)